

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares	1'00 pts
Suscripción: España un trimestre	1'00
Extranjero	1'50

14 DE JULIO DE 1789 - - 14 DE JULIO DE 1915

El 14 de julio de 1789, el pueblo de París, iluminado por las teorías de J. J. Rousseau, de Voltaire, de Diderot y de otros precursores de la Revolución francesa, indignado por la revocación del ministro popular Necker, y arengado por los diputados de los Estados-Generales (partido popular o «Tiers-Etat»), entre los cuales se distinguían Mirabeau, Bailly y algunos otros, se aglomera, se arroja impetuoso y valiente sobre los Inválidos, penetra en la bóveda y se apodera de gran número de fusiles. Armados ya, no sabían donde dirigirse, donde empezar a demoler, a atacar, cuando alguien entre ellos vociferó el nombre de «Bastilla». Entonces, sin vacilar, sin discutir, todos se dirigieron, turba avasalladora, sobre la misteriosa fortaleza, prisión de Estado, inexpugnable con sus muros espesos y elevados, entre los cuales numerosos delincuentes expiaban su «crimen» de una manera atroz, inenarrable. Su «crimen» consistía, casi siempre, en haber escrito o declarado en contra de la monarquía o en haber perturbado las bajas hazañas de las cortesanas o de los favoritos de la Corte.

La Bastilla, verdadero castillo, rodeada de fosos que se franqueaban con puentes levadizos, se elevaba, asombrosa, testigo del prestigio, de la opresión y de la tiranía de un pasado triste y humillador. Llena de leyendas fantásticas, simbolizaba a los ojos de esos rebeldes prematuros, el edificio maldito que se debía derribar para liberar a los que en sus negras entrañas sufrían o vegetaban por haber querido reivindicar la justicia y la libertad en nombre de la humanidad ultrajada y oprimida. El primer gesto del pueblo amotinado, fué, pues, un gesto noble de solidaridad para con sus compañeros de ideal. La Bastilla destruida, era demostración de la fuerza del pueblo, tan ignorada hasta entonces, y un primer paso hacia la caída de la monarquía absoluta, a la cual substituiría la Constitución con los famosos principios de igualdad y justicia del '89.

De todas las partes de la capital afluyen fracciones de hambrientos audaces y resueltos que se suman a la masa consciente. No se cómo, re-

cogen algún cañón, y con ese elemento heterogéneo, empiezan el sitio de la fortaleza, que defendida apenas por una guardia de suizos, al mando del gobernador Delamare, no tarda en capitular. Los presos, atónitos (porque ignoraban todo lo de la Revolución) se ven desligados y sacados de sus lúgubres celdas por una muchedumbre entusiasta y bienhechora; recobran la anhelada libertad. ¡Algunos de ellos hacia más de veinticinco años, que sufrían la horrible cautividad!

La Bastilla derribada, los nobles revolucionarios debían conseguir otros triunfos que llenaron de espanto al mundo entero; al mundo del poder, del privilegio, de la desigualdad, y dejar una gloriosa página en la Historia universal de la Revolución de los pueblos. Una página en la que podrían inspirarse las generaciones futuras. El día 14 de julio de 1789, nuestros predecesores plantaron el primer jalón de la acción directa en el camino de la liberación de la humanidad; ¡Hubo sangre derramada; sangre productora que regó las calles de la grande urbe, pero fué en pro de la civilización, del progreso, de la libertad!

El día 14 de julio de 1915, yu sabéis, compañeros, que se derramará mucha sangre proletaria, pero será en los campos de batalla internacionales, en una lucha fratricida. ¡Los descendientes de los generosos revolucionarios, luchando con furia inconcebible, contra sus hermanos de explotación, en pro de sus tiranos respectivos! Los revolucionarios de 1915, profanando la obra magna de los de 1789. La jornada de hoy, 14 de julio, es la negativa de la jornada del '14' de 1789.

¡Si los que perecieron en el sitio de la fatídica Bastilla resucitasen y viesesen la lecura criminal de 1914 y 1915, a la que se han asociado con entusiasmo algunos de los que pretendían seguir su sueño hasta la realización, de seguro que de ase volverían a morir! ¡14 de julio de 1914! ¡14 de julio de 1915! ¡Triste comparación de dos fechas históricas!

F. BARTHE

Sinceridad

Entre el informe y desconcertante montón de contradicciones que ha motivado la horrible carnicería, la trágica catástrofe que se desarrolla en los campos de batalla, solo unas voces deben, pueden alzarse. Las voces que hablen con sinceridad.

Nada de intrincados galimatías retóricos, en los cuales el sofisma impera; nada de atenuaciones para los que han claudicado; nada de querer justificar la actitud de los revolucionarios, que olvidando sus doctrinas de ayer, accionan hoy tal que si no hubiesen nunca tenido la más pequeña noción de humana filosofía.

Son muchos los periódicos del campo ácrata (que actuaron en el campo ácrata, diríamos mejor), que tratan de atenuar en cierto modo la actitud de algunos anarquistas.

Pero los argumentos que aducen para su defensa, no nos satisfacen. Pudiera decirse que son antianarquistas. Veamos.

que a todo se amoldan, por estar sustentadas por cerebros un tanto acomodaticios, sin firmeza, sin carácter, abúlicos.

Malatesta viene a afirmar la tesis que defendemos. Aunque ha luchado porque Italia no vaya a la guerra, no ha podido evitar que al fin esta nación lleve unos cuantos millares de hombres a un sacrificio estéril. Pero nunca Malatesta, porque no haya podido evitar la Salandrada, que dice Bonafoux, se pondrá de parte del Estado, que es el guerrero, ni reclutará voluntarios, ni querrá salir al campo de batalla al frente de un batallón...

¡Nos extraña que algunos anarquistas rechacen los generosos pareceres de otros anarquistas, por ilógicos, y aprueben, no obstante, las actitudes de otros anarquistas que quieren la guerra a pesar de todo, hasta derrocar el imperialismo alemán. Ello es un síntoma de decadencia. El ácrata verdadero, real, ha de prestar su apoyo a todo lo que se diga, se escriba o se trate de hacer contrario a la guerra. Y debe combatir sin tregua, a todas horas, en todos los momentos, a los defensores de ella, llámense anarquistas, socialistas u otro cualquier ista.

¿Que aquellos que no quieren la guerra proponen soluciones irrealizables? Más irrealizables serán si también nosotros los combatimos.

Además, a los sueños que parecieron ayer ilógicos se debe el progreso de hoy. «Cada hora que soñamos nos quita un año de esclavitud» dice Dicenta, y es verdad.

¡Oh, qué sueño tan humano, tan generoso, el de los que queremos que la guerra termine! Pensar en todos los miedos imaginables, creer en la virtualidad de las teorías por nosotros siempre sustentadas, tratar de hacer una propaganda intensa, que lograra el cese de la muerte en los campos desolados, aniquilados por la ola implacable de odios atávicos, cruentos, dolorosos...

¡Saber que los que ayer nos hubieran alentado, seguidos en esta campaña, están hoy en contra nuestra, no sienten al igual que nosotros, todo el horror, toda la barbarie de esta guerra, que en vez de defensores, debía tener más enemigos que todas las guerras, por ser la más odiosa, la más trágica, la más horrible...

Tener que oír de labios de nuestros enemigos de siempre, esta frase que produce un dolor agudo como hecha con refinamiento: «La Anarquía está enferma».

Y en realidad de verdad, lo está. El desate de las pasiones salvajes en la civilizada Europa, puede gloriarse de haber perturbado las inteligencias ácratas, como la perturbado todo lo demás. Aquellas inteligencias que supieron, con serenidad, hacer la crítica de todo lo existente en la actual sociedad, burguesa capitalista.

Llegará el final del desastre y nosotros podremos presentar nuestras manos limpias, no manchadas de sangre.

¡Y cuán pocos podrán imitarnos!

Llegará también la hora de hablar con sinceridad, de hacer juicios concretos acerca de lo pasado, y quien sabe si Kropotkin, tranquilo ya de la borrasca, dirá a sus defensores de hoy: «Los que me defendieron en mi actitud guerrera, estaban en contra mía. Si yo tuve una ofuscación, inesperada en mí, los anarquistas que lo dijeron estaban en su puesto; no así los que al seguirme también se equivocaban».

DIONYSIOS

Las libertades republicanas

Tanto para refutar terminantemente la falsa base en que se asienta el ideal republicano, propagado y defendido con calor por los partidarios del sofisma democrático, como para ir convenciendo a los incautos del republicanismo de que a la clase obrera la misma cuenta le tiene vivir en monarquía como en república, y que, por consiguiente, todo se reduce a un simple cambio de amos, por lo que no vale la

pena derramar una gota de sangre, y menos todavía, sacrificar una sola vida: tanto para lo uno como para lo otro, nada hay mejor que la suprema elocuencia de los hechos.

Las vidas truncadas en las revoluciones políticas que tienen por único fin el *quitarle tú para ponerme yo*, resultan indiscutiblemente un sacrificio estéril para el pueblo que cándidamente las realiza solamente en provecho de los profesionales de la política que hábilmente logran encumbrarse y dominar después.

Es por esto que en todas las jóvenes repúblicas donde aun los trabajadores confían en la acción política, tenemos leyes de represión y favoritismo que no serían toleradas seguramente en otros países que aún no han logrado arrojar el yugo monárquico para aceptar el republicano, que no es mejor.

Por lo que a Portugal respecta, un solo botón nos da el muestrario.

En este país republicano, para desempeñar un simple trabajo como empleado dentro del Estado, es obligatorio realizar un ceremonioso juramento, haciendo constar fidelidad a la república con todas las formalidades... republicanas.

Esta ley llamada de *Garrote*, tal vez cuando estas cuartillas sean publicadas haya causado cuatrocientas víctimas que el Gobierno tiene de antemano señaladas.

Y es que, por lo visto, así como en las monarquías el puchero tan solo se pone al fuego para que los monárquicos coman, en las repúblicas son los republicanos los únicos que pueden llenar tranquilamente sus panzas con el sudor proletario...

Y entre tanto, la inmensa mayoría de los trabajadores portugueses; los que hacen revoluciones inconscientes para que unos suban y otros bajen; los que todo lo producen y de casi todo carecen; los que con su sangre labran el triunfo de sus opresores, sean del color que sean, siguen contentos de su suerte, sin preocuparse seriamente de su libertad, de su emancipación, de su bienestar.

Es por esto que, con indignación santa, con odio sublime, tenemos que reconocer los enemigos de toda clase de gobiernos que a los gobernantes de esta nación les va perfectamente bien en su misión castradora de rebeldías.

La persecución a los organismos sindicales; el confusionalismo creado por los políticos obreristas, ha dado los resultados apetecidos por los defensores del privilegio.

Trabajemos los anarquistas, de acuerdo con los buenos sindicalistas, por elevar la organización obrera y el espíritu moral del pueblo hasta donde sea necesario, para conseguir lo que es justo y equitativo.

Será la mejor obra antigubernamental, la más positiva, la que más beneficios reportará a los proletarios portugueses.

SANTOS

Lisboa.

Don Quijote y el espíritu francés

Algunos periodistas y literatos de Francia, se están acordando en estos momentos de nosotros, ya que unos señores que viven en Madrid y muy lejos de las palpitaciones populares, constituyeron un Comité para honrar la memoria de Cervantes, autor del libro *Don Quijote de la Mancha*.

Y esos señores que viven en París, dicen entre otras cosas: «España dispónese a honrar la memoria de Cervantes, aquel estupendo autor del libro entre los libros... Bueno será que nosotros, franceses, nos asociemos a tan justo y oportuno homenaje, porque si bien es cierto que Cervantes fué español, no es menos cierto que, el espíritu generoso y romántico de Don Quijote, huyó de la España cauta y prudente de nuestros días—¡tan distinta de la España de ayer!—y se ha refugiado en Francia, en Inglaterra, en Bélgica... Lanza en ristre, el hidalgo manchego, trocado en *gentilhomme* o en *gentleman*, lucha en las filas de los aliados, tan pronto en Iprés como en la Argona: lucha contra felones

que pasan a cuchillo gente indefensa; lucha contra los forzadores de mujeres y violadores de niñas; lucha contra los destructores de catedrales y bibliotecas; lucha contra los envenenadores del agua y del aire, contra los atomizadores de heridos, contra los perjuros, contra los despiadados, contra los bárbaros...

Eso dicen esos señores que viven en París. Pero nosotros que conocemos al macilento y visionario caballero de la Triste Figura, decimos que si surgiera vivo y redivivo, acaso saliera de nuevo al campo, a desfacer entuertos, aunque estos fueran franceses. Y a fe mía, que los desfacara con la misma audacia, con que acostumbraba a reducir a polvo grandes molinos de viento o colosales rebaños de carneros, sin pararse a ver las condiciones de la lucha o la calidad de sus armas.

Hemos de convenir con los franceses en una cosa, y es que, el espíritu de Don Quijote, un poco mohino y aqueado, huyó de España—y hasta podríamos decir de Europa—en los días presentes, quedando como único dueño del *cotarro* y gobernando todas las islas Baratarias, ese tipo odioso, práctico y antiestético, Sancho Panza, encarnación del principio de autoridad en todos los continentes y bajo todos los cielos.

La lanza del héroe no se enristra en los actuales campos de batalla; porque allí no hay doncellas que defender de los malandrines; no hay galeotes que liberar de las garras del rey; no hay Edad de Oro que cantar; Don Quijote no puede desnudar su tizona en estos momentos, porque no hay ningún ideal puro; no hay ningún ideal libre de todo rencor ancestral, limpio de toda mira interesada y de todo cálculo egoísta que pudiera defender y por él morir.

Cada pueblo tiene su época. Inglaterra, cuando se rebelara contra los reyes que conculcaban sus derechos y sus libertades, entonces poseía el espíritu de Don Quijote, pero cuando empezó a robar al mundo, posesionándose de las Indias, del Egipto y del Transvaal, entonces solo Sancho Panza dirigió sus destinos.

Cuando de la Francia surgía aquella *Enciclopedia* que prometía al mundo la libertad para todos los hombres; cuando Francia imponía al mundo por medio de sus pensadores el libre examen; cuando ridiculizaba a los sayones de la Autocracia, presentándolos al pueblo por medio de panfletos y libelos; cuando los historiadores de la política eran sacados en efie y quemados en la plaza pública; cuando se imponía que no se pagaran los diezmos al señor y dueño de la tierra; cuando alteraba el orden en las villas y pueblos al grito de: *¡Pan! ¡No más diezmos, ni fueros, ni tasa!*; cuando hizo surgir la gran Revolución frente a toda la Europa coaligada, expropiando a los que habían acaparado los medios de vida, anulando los municipios que eran instrumentos del feudalismo y de la Autocracia, quemando los registros de impuestos, los libros de cuentas y los archivos de las municipalidades y de las abadías; cuando recorría las calles de París y en el Campo de Marte hizo triunfar la bandera de las reivindicaciones sociales y humanas, era el espíritu del Caballero de la Triste Figura quien guiaba a aquella Francia, hasta que proclamando los Derechos del Hombre y poniendo en práctica leyes ya fracasadas en otros pueblos, se entregó en cuerpo y alma a Sancho Panza, el hombre tripa, el prototipo del hombre de nuestros días, con cuerpo de gorila y alma de mostrador.

Esta es la Francia de hoy, que no lucha por idealidad alguna y su espíritu es el mismo que tan bién describe Cervantes en su personaje encarnado en Sancho Panza.

Desgraciadamente, el espíritu de Don Quijote ha huido de la Tierra... Pero, a fuer de optimistas, esperamos la venida de otro nuevo caballero, vestido de punta en blanco y que, armado como el célebre Hidalgo manchego, escriba con su lanza, sobre la tierra firme, los nuevos valores sociales que han de redimir al mundo de todas las tutelas y de todos los oprobios.